

Encarnación Castro-Páez – Gonzalo Cruz Andreotti (eds. cient.), *Geografía y Cartografía de la Antigüedad al Renacimiento. Estudios en Honor de Francesco Prontera* (=Monografía de GAHIA 6), Sevilla–Alcalá de Henares, Editorial Universidad de Alcalá–Editorial Universidad de Sevilla, 2020, 472 pp., 27 figs. y 9 tablas [ISBN: 978-84-472-3075-4].

Como todo homenaje a una gran labor académica, esta obra colectiva gira en torno a las principales líneas temáticas del Prof. Francesco Prontera, Catedrático de la Universidad de Perugia. Sus contribuciones han marcado el camino a un sinfín de investigadores, especialmente en los ámbitos de la geografía histórica e historia de la geografía. Este volumen, editado por E. Castro-Páez y G. Cruz Andreotti, que reúne a varios de sus compañeros, colaboradores y discípulos, tiene por objeto reivindicar la figura y obra de Prontera, materializando la iniciativa del *workshop* celebrado en Málaga en 2018 bajo el título de *Cartografía Antigua e Historia*.

Las 18 contribuciones del libro vienen precedidas por una breve presentación de los editores (pp. ix-xiii), que se ve continuada por el ensayo de D. Marcotte (pp. xix-xxv), quien presenta un breve resumen de la trayectoria de Prontera, desde sus inicios como estudiante hasta la actualidad. Sus mentores, los lazos de amistad con colegas del gremio, sus líneas de investigación más notables, la fundación de la revista *Geographia Antiqua* en 1992, y la vinculación con la asociación GAHIA y sus actividades, son los aspectos más notables que aborda; suficientes datos para justificar que el Prof. Prontera es, en definitiva, el *geographorum artifex sodalitatis*. Finalmente, esta pequeña sección introductoria incluye el listado completo de su publicaciones, que abarcan desde 1972 hasta el año de publicación del presente libro, 2020 (pp. xxvii-xxxviii).

Los artículos aquí recopilados están organizados de manera cronológica, comenzando por el mundo griego clásico y terminando en las postrimerías del Renacimiento italiano. La excepción está en la primera investigación, la cual, no podía ser menos, corresponde al propio Prof. Prontera (pp. 39-49). Este veterano académico subraya el papel de Ptolomeo, con el que la cartografía antigua llegó a su culmen. La obra del matemático y geógrafo, sin embargo, puede ser demasiado esquemática al concebir el terreno y su orografía en su abstracción geométrica, extremo ejemplificado con algunas montañas y ríos por él mencionados, que quedan reducidos a puntos y líneas, desprovistos de otras connotaciones, separándose así de la historiografía. De este modo, el autor muestra que, precisamente, el gran desarrollo de Ptolomeo se dio en realidad en el ámbito teórico, mientras que otros aspectos, como la topografía, sufrieron un retroceso.

F. J. Gómez Espelosín presenta un estudio acerca de la percepción geográfica que los helenos tenían de Asia Menor (pp. 51-71). En él, hace un recorrido por la información que encontramos en las fuentes literarias, especialmente la *Iliada*, la obra de Heródoto y la *Anábasis* de Jenofonte. Desde el principio se recalca que, pese a la existencia de comunidades griegas en la costa occidental desde inicios

del 1<sup>er</sup> milenio, el conocimiento del interior de la península es muy limitado. Un conocimiento que, con todo, paulatinamente se fue ampliando por el devenir histórico del territorio, principalmente su unificación política bajo el dominio persa. Esto demuestra la orientación hacia el Egeo de las ciudades helénicas minorasiáticas, a la vez que el interior de Anatolia a lo largo de estos siglos se mantuvo en la mente del mundo griego como un espacio difuso, escenario de episodios mitológicos y morada de gentes de costumbres extrañas.

A continuación, el *Estadismo* es el objeto de estudio en la contribución de P. Arnaud (pp. 73-102). Pocas obras hay más complejas de analizar que esta recopilación de textos de índole geográfica. Las perspectivas son por tanto diversas, en unas ocasiones centrándose en aspectos relativos a los puertos y, en otras, en las rutas y con un enfoque más espacial. Sin embargo, aunque tradicionalmente ha sido interpretado como una reunión de diferentes tradiciones geográficas y náuticas, el análisis de Arnaud hace ver que en realidad, salvo algunos apartados muy técnicos, la mayor parte de la obra presenta una serie de elementos comunes que pueden pertenecer a una misma tradición.

Las siguientes páginas se centran en Eratóstenes (pp. 103-119). S. Bianchetti analiza la sección de su carta geográfica correspondiente a la región situada entre los montes Tauro y el mar Caspio. Como demuestra la autora, el geógrafo de Cirene bebió de diferentes autores, no solo los vinculados a las campañas de Alejandro, sino también (y sobre todo, de hecho, para esta región de Asia) del ámbito persa; tal es el caso de Patroclo, enviado a comienzos del siglo III a.C. por los reyes seléucidas a explorar el Caspio. Esto le llevó también a manejar diferentes unidades de distancia, por ejemplo. En último término, la obra de Eratóstenes seguramente influyó en los estudios de Ptolomeo, ya que aquél empleó algunos razonamientos geométricos; sin embargo, éste avanzaría más en el conocimiento de esta región, al superar la idea preexistente del mar Caspio como un mar abierto y ampliar la ecúmene más al norte.

Continúa el libro con un estudio acerca del límite meridional del mundo conocido en la obra de Artemidoro, el llamado Νότον κέρας, que se corresponde con el Cabo de Guardafui, en Somalia (pp. 121-142). S. Panichi, su autora, nos recuerda que también Eratóstenes lo había mencionado, llamándolo el “país de portadores de canela” (Κινναμωμοφόρος χώρα). En esta línea de influencias, precisamente la circunnavegación del Mar Rojo de Artemidoro, presente en su *Geographoumena*, parece ser una fuente esencial para Estrabón. A su vez, y en este aspecto incide mucho Panichi, es muy probable que Artemidoro se sirviera de las referencias de Eratóstenes sobre este territorio, a lo cual añadiría su propio conocimiento empírico. Lo que faltó, por otro lado, fue que Artemidoro reelaborara estos datos en el plano teórico, pues el resultado obtenido presenta algunas inconsistencias.

Adentrándonos en la esfera romana, P. Moret indaga en la naturaleza de algunas secciones de la *Guerra de las Galias*, de Julio César (pp. 143-182), concretamente en el prólogo del libro I, apartados 5-7, y en la forma de describir Bretaña en el libro V. En ambos casos se puede comprobar que la información no ha sido procesada de la misma manera que el resto de la obra. Con habilidad y buena argumentación, Moret se pregunta si, en lugar de interpretarlo como adiciones o adendas al texto original en diferentes estadios de la publicación de la obra (en su primer formato, como su propia corrección posterior, o un suplemento añadido por alguien cercano), no nos encontramos, en realidad, ante una interpolación póstuma. Una interpolación, eso sí, de alguien que conocía bien la manera de César de plantear y enfocar la obra.

Seguidamente, E. Sideri se centra en las montañas en la obra de Estrabón (pp. 183-195). La incorporación de éstas a las cartas geográficas, así como la valoración de su papel definitorio del terreno y de sus gentes, es algo que se cultivó en los estudios geográficos en una fecha relativamente tardía. Estrabón fue uno de los autores que contribuyó a este desarrollo. Partiendo de esto, Sideri examina la forma en que el geógrafo plasmó los Alpes y los Apeninos siguiendo un esquema geométrico, de tal manera que condicionó la distribución geográfica de elementos vecinos de tipo orográfico o hidrográfico (algunos ríos de las Galias) y poblacional (umbrios, sabinos y latinos). En este sentido, cabe preguntarse por tanto cuál es el grado de aportación propia de Estrabón a la hora de desarrollar su obra.

La exigencia de “hacer ver” al lector un territorio mediante el discurso, las palabras, es el tema que analiza R. Nicolai, quien se centra, también, en el caso concreto de Estrabón (pp. 197-216). En principio, solo Artemidoro acompañó sus papiros de mapas. Por ello, este estudio analiza la terminología empleada por el de Amasia para ofrecer una descripción más visual: *πίναξ* y *γραμμή*. Concluye el investigador que, si bien en contados lugares habría mapas de la ecúmene que el propio Estrabón conocería y usaría, el geógrafo optó por escribir su obra de una manera suficientemente descriptiva, tratando de fusionar esta metodología con una línea más científico-matemática.

Siguiendo con Estrabón, H.-J. Gehrke ofrece un análisis de la sección concerniente al territorio centroeuropeo, especialmente Germania, dividido en tres partes a fin de demostrar el orden descriptivo coherente que prima en la cartografía del geógrafo (pp. 217-247). Primero, subraya el triunfo de la geometría en su obra, además de comentar la influencia en trabajos cartográficos posteriores de la función geométrica de las fuentes del Danubio con respecto a la zona del Rin. Segundo, resalta el empirismo que se entrevé en la descripción de las diferentes comunidades de la región, haciendo un recorrido por el territorio para aportar ejemplos. Tercero, hace ver que Estrabón fue capaz de reconocer los diferentes conjuntos político-militares y de conectar este conocimiento con la geografía.

La confluencia de las diferencias culturales griegas y romanas también generó algunos puntos de fricción en el ámbito de la geografía. Así lo explica A. Haushalter, quien arroja un poco de luz sobre la tensión existente entre la tradición geográfica griega, que podemos entender como de ciencia pura, y la metodología romana, más práctica (pp. 249-262). Una tensión que llevaría al propio Plinio el Viejo a diferenciar entre los geógrafos romanos con los que trabajó en su obra, y otros, en su mayoría griegos, “externos”. De hecho, se constata cómo la geografía tardo-republicana e imperial fue haciendo suya paulatinamente la ciencia alejandrina, pero sin que se consiguiera avanzar más a nivel teórico. En este contexto, Plinio dedicó un homenaje a Eratóstenes, pero el subtexto refleja más bien una alabanza un poco envenenada, fruto de estas circunstancias.

Un buen ejemplo de la dualidad identitaria en el ámbito provincial romano viene de la mano de P. Ciprés (pp. 263-284). En su contribución sobre la descripción de Plinio de la Península Ibérica, la investigadora demuestra la coexistencia del nivel político-administrativo que los romanos establecían en territorio imperial (*provincia*, *civitas*, *conventus*) y el ámbito fundamentado en la geografía y la organización étnica de sus comunidades. Este estudio se completa con un repertorio epigráfico bien escogido, que pone de manifiesto que hubo individuos que, junto con la indicación de su *origo* siguiendo los criterios administrativos romanos, hacían también mención

expresa de su pertenencia a las *gentes* indígenas, existentes ya antes de la ocupación romana.

A continuación, con M. Albaladejo Vivero retornamos a la zona del Mar Rojo para apreciar la relevancia de la navegación aquí y los enclaves estratégicos de sus estrechos, en el de Suez, en el norte, y en el de Bab el-Mandeb, en el sur (pp. 285-304). A lo largo de estas páginas este investigador hace un recorrido por la historia de estas costas, deteniéndose con bastante detalle en las sucesivas fases de construcción (o el intento) de un canal que conectara el Mediterráneo y el Mar Rojo, abarcando desde el Egipto faraónico, quizá ya desde Sesostri I, hasta la época imperial romana. Cabe destacar también la creación de una flota romana que patrullaba y controlaba estas aguas, tal y como atestiguan diferentes fuentes, incluyendo epigráficas.

Avanzando en este volumen, el experto en periplografía F. J. González Ponce ofrece un complejo estudio sobre las diferentes fuentes que nos remiten a periplos (pp. 305-329). Examina concretamente los escolios a Apolonio de Rodas, que contienen referencias a trece periplos griegos que, en su gran mayoría, giran en torno al Ponto Euxino. Tras un exhaustivo análisis y contrastación de la tradición periplográfica y los distintos escolios que aportan información sobre esta temática, concluye González Ponce que el geógrafo tardoantiguo Marciano de Heraclea no parece tener relación con dichos escolios. Ve además influencia del Proyecto de Heidelberg (quizá de Arriano) en estos comentarios, mientras que el Corpus de París (elaborado, precisamente, por Marciano) habría sido bien conocido por los escoliastas.

P. Counillon aporta en el siguiente capítulo un estudio de la *Periégesis* de Dionisio de Alejandría (más conocido como Dionisio Periégeta), un ejemplo de hipotiposis, es decir, de construcción de un mapa por medio del texto (pp. 331-347). Algunos aspectos están bien definidos, pero también queda claro que hay ciertas contradicciones tanto internas como externas. De hecho, la propia variabilidad e imprecisión de algunas partes son algo inherente a la obra, que aporta una red de términos (etnográficos, toponímicos, etc.) cuya cifra está bien calculada para cada región. De este modo, el resultado obtenido por Dionisio es el de un mapa textual que se podría enmarcar en lo onírico, lo irreal.

Profundizando en el mundo bizantino, I. Pérez Martín lleva a cabo un laborioso trabajo de investigación en el que, tomando como referencia central el mapamundi del Ms. Salamanca 2747, examina la información gráfica y textual contenida aquí y en otros dos códices de Milán y Florencia respecto a la obra *Metereologica*, de Aristóteles (pp. 349-382). La principal conclusión a la que llega la investigadora es la introducción del Bósforo en dicho mapamundi, ausente en el texto original, situando además Bizancio como el eje que une Oriente y Occidente. Este aspecto, sugiere Pérez Martín, podría estar relacionado con el autor bizantino del siglo XI Miguel Pselo, quien desarrolló una intensa labor de enseñanza de la obra aristotélica.

Es necesario avanzar más en los tiempos medievales para llegar hasta Flavio Biondo, autor renacentista del siglo XIV, que elaboró la obra conocida como *Italia Illustrata*. El autor de este artículo, K. Geus, se plantea dos preguntas a partir de la información contenida en el capítulo concerniente a la región de Umbría (pp. 383-397). Primero, si es cierto que Biondo tomó a Estrabón como modelo, como tradicionalmente se ha sostenido. A este respecto, señala, es más probable que bebiera de una tradición que incluía a más autores antiguos. Segundo, si Biondo

hizo uso de mapas para la elaboración de su obra. Sin que se pueda llegar a una conclusión rotunda, Geus se inclina por considerar que el papel de los mapas en este proceso fue nulo o, si acaso, muy poco relevante.

La siguiente contribución, de P. Gautier Dalché, trata sobre el tratado *De regno regisque institutione*, compuesto por Francesco Patrizi en el último tercio del siglo XV para el Duque de Calabria Alfonso, heredero del trono (pp. 399-419). Los conocimientos geográficos, tal y como resalta Gautier Dalché, son considerados esenciales por Patrizi para que un gobernante sea capaz de administrar bien su territorio, a la par que desenvolverse con éxito en las campañas militares. El tratado hace un breve recorrido por geógrafos del mundo grecorromano, teniendo a Estrabón, a cuya obra concede un gran valor, como fuente principal. Para este tipo de objetivo, no obstante, no resultan de utilidad los trabajos de Ptolomeo, pese a ser altamente considerado en esta época y por el propio Patrizi. Su *Geographia*, al tener una base matemática tan amplia, es excesivamente abstracta como para poder cumplir los objetivos con los que Patrizi desarrolló su tratado.

Finalmente, corresponde a P. Janni cerrar este ciclo de contribuciones (pp. 421-432). Lo hace comentando una cuestión de la que se ha hablado a lo largo de los últimos siglos: ¿se utilizaron portulanos en la Antigüedad? La tesis actual sostiene que la práctica de cartografiar las costas y sus puertos, así como el uso de estos mapas para la navegación, se produjo en época tardía, en la Edad Media. A lo largo de estas páginas, Janni indaga en dos autores de los siglos XV y XVI, Ruscelli y Crescenzo, por su aportación a este debate. El primero formuló una teoría que, con el tiempo, se ha visto confirmada. *Grosso modo*, los portulanos se elaboraron siguiendo el sistema de ejes cartesianos, para lo cual la brújula fue un instrumento fundamental; pero no hubo tal desarrollo en la Antigüedad. A este respecto, Crescenzo propuso interpretar el término *versoria*, empleado en dos ocasiones por Plauto, como “brújula”; sin embargo, el comediógrafo utiliza de manera figurada esta palabra de la jerga náutica, que en realidad está más relacionada con la vela del barco. De este modo, se mantiene la hipótesis de la ausencia de cartas náuticas en el mundo grecorromano.

Las últimas páginas de este volumen incluyen un índice de fuentes antiguas (pp. 435-443) y otro de nombres (pp. 445-458), además de un listado de las figuras y tablas que han dado soporte visual a varios de los capítulos que contiene el libro (pp. 459-462). Unos apartados que completan una colección de estudios de alta calidad, editados con acierto y cuidado por Castro-Páez y Cruz Andreotti.

Si bien el orden establecido es cronológico, en repetidas ocasiones nos encontramos con los mismos grandes geógrafos de la Antigüedad, así como con el análisis de aspectos similares desde diferentes perspectivas. Visto en conjunto, el resultado es óptimo. *Geografía y Cartografía de la Antigüedad al Renacimiento. Estudios en Honor de Francesco Prontera* es, en definitiva, una obra obligatoria para todo estudioso de la geografía histórica de la Antigüedad y la Edad Media, especialmente europea. Se erige además como un merecido homenaje a la importancia que han tenido (y siguen teniendo) las contribuciones F. Prontera.

Diego Chapinal Heras  
Universidad Complutense de Madrid  
[chapinalheras@gmail.com](mailto:chapinalheras@gmail.com)